

LA UNIVERSIDAD VENEZOLANA ENTRE LA CIUDAD LETRADA Y EL ANALFABETISMO ILUSTRADO

Domingo Miliani

«Las voces que concitan se pierden en la indiferencia. Los esfuerzos de clasificación resultan vanos y engañosos. Los imanes de las escuelas han perdido su fuerza de atracción, y son hoy hierro vulgar que trabaja en el laboratorio de la crítica. Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven; los maestros, como los dioses, se van...»

(José Enrique Rodó. *El que vendrá*. 1896).

«El problema no radica en asesinar la razón, sino en dejar las malas razones en condiciones de no hacer daño; y en disociar la noción de razón de la noción de verdad. Pero esta honorable razón no se llama himno a la crisis. Se llama, desde Kant, 'crítica'. Determinación de límites».

(Umberto Eco. «¿Crisis de la razón?» (1980)

(Palabras para agradecer la designación de Profesor Honorario de la Universidad Simón Bolívar. Caracas, 10 de marzo de 2000)

Nada compromete más que los honores. Póstumos cano-
nizan o, al menos, borran defectos y magnifican virtudes. En
vida aterran, porque emplazan. Si vienen del afecto germinado
en el aula retan en lo profundo porque obligan a mantener la
autenticidad de una conducta. No a fingirla, sino a cultivarla.
El sobrecogimiento de esta noche no es teatral, en todo caso.
Comprometido y obligado, siento el terror de verme entre
amigos admirables, entre alumnos de ayer, ahora maestros
disciplinados y fecundos. No aprendí a hincharme de presun-
ción. Vivo este momento, junto a ustedes, con la humildad de
don Cecilio Acosta, quien un día llegó a sentirse «oprimido a
agasajos» Y no dejó de pensar en aquella carta admonitoria que
Briceño Iragorry, ya en la antesala de un exilio definitivo,
escribió a Mario Briceño Perozo cuando quiso hacerlo objeto de
homenaje en vida: «He sido sistemático enemigo de que el
nombre de los vivos sea propuesto con carácter simbólico a los
jóvenes. Creo que los nombres de personas aún en carne y hueso
están expuestos al examen acre de los otros y, también, a los
vaivenes del tiempo».

No es que sienta el impulso de rechazar este acto de
cariño. Por el contrario, agradezco muy emocionado, muy con-
movido, la alta distinción que me confieren las ilustres autori-
dades, los integrantes del Consejo Académico y los docentes
amigos de esta Universidad por cuyas aulas de post-grado tuve
la alegría de transitar algunas veces. Pero no lo interpreto como
exaltación de ningún mérito.

No lo es haber entregado algunas horas de vida a
compartir aprendizajes con unos estudiantes. Enseñar es un
goce. Forma parte de nuestro mundo interior donde cada
educador labra una pragmática de afectos y experiencias com-
partidas. Mantengo sí, el temor de llegar a defraudarlos en lo
que pueda restarme de vida útil. En todo caso hay una atenuan-
te. Por voluntad propia me retiré de la docencia, en una
circunstancia difícil, cuando alguien tentaba o probaba mi

resistencia a aceptar cargos de alta jerarquía académica. Los rechacé sistemáticamente, entre otra razones porque un día, con un puñado de estudiantes, cometí el atrevimiento de cuestionar las viejas estructuras del gobierno universitario, incluidos los organismos de dirección estudiantil. Decidí la jubilación, además, para dejar paso a relevos con saber novedoso, con pasión de generosidad, para aprender de ellos ahora, en el retiro nostálgico del lector que los admira a tiempo que disfruta de su escritura rendidora.

Desde los días de adolescencia, cuando cayó en mis manos un libro que hoy llega al centenario de su aparición, el *Ariel* de Rodó, asimilé del maestro Próspero una de esas lecciones que dejan su impronta en la conciencia. Me refiero a que el maestro reflexiona con sus jóvenes alumnos sobre la juventud y el sentimiento de belleza como una de las más elevadas formas del crecimiento moral, como generador de «un delicado instinto de justicia». En aquella meditación aprendí que «Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le siente estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso». Aquella lectura me convenció de algo: no hay un espacio de la actividad humana mejor concebido para esa armonía entre el sentido de justicia y el respeto al sentimiento de lo bello, como la comunicación profunda que se establece en un aula. Y aquella fue una ley de vida que rige hasta hoy mis meditaciones más recónditas.

No vengo a sentar cátedra porque me asusta el sentido magistral de los discursos. Sólo quisiera revivir con ustedes algunas reflexiones nacidas de esa experiencia maravillosa de las aulas, en los postgrados del Instituto Pedagógico y de esta Universidad. Entre ellos no hubo rivalidad ni competencias malsanas, sino reciprocidad de entregas e intercambio fraterno de saberes expresados en sus docentes. Muchos compañeros

de este valle nebuloso fueron a transmitir sus horas de estudio con los muchachos de El Paraíso. Algunos de nosotros vinimos aquí como a segunda casa, sin más ambición que la de ayudar en una empresa fundacional de los estudios literarios, dentro de una nueva visión cultural muy amplia. No era ni es común que una Universidad donde predomina la formación profesional del mundo tecnológico deje espacio al saber de las ciencias humanísticas y a la filosofía. En manos de filósofo nació esta Universidad. En voz e inteligencia que promulgaron la existencia de un humanismo técnico dirigido a desalienar al hombre contemporáneo de la esclavitud tecnocrática y convertirlo en dueño de su hacer pleno. En admirable fusión se han formado en este postgrado muchos humanistas de nueva mirada hacia el mundo, a quienes antes los llamó la vocación científica. He visto crecer con asombro y respeto algunos egresados que fueron primero ingenieros de sistemas, biólogos, físicos y luego enrumbaron hacia la Literatura para realizar sólida obra de investigadores o poetas. El mundo de la *tecnofagia* contemporánea tiene en ellos unas conciencias críticas despiertas y la Universidad unos soportes del saber innovador, cuyo reto sigue siendo el buscar un verdadero mejoramiento del ser humano integral, si queremos sobrevivir a la gran depredación desatada por la que Ernesto Sábato calificó de *era tecnolátrica*. Esa conjunción de imaginar poéticamente y construir científicamente ha sido el mejor testimonio de que un post-grado humanístico, enclavado en una universidad tecnológica, no sólo era posible, sino necesario para superar el viejo maniqueísmo que contraponía el saber científico al conocimiento humanístico, pero sobre todo al imaginar poético. Semejante dicotomía fue considerada por Darcy Ribeiro una de las falacias mayores que azotaban la universidad latinoamericana tradicional. Escribe el antropólogo brasileño:

En nuestro tiempo —hay que decirlo con toda claridad— un humanismo que no está fundado en la ciencia no es ni mucho menos un humanismo. Naturalmente

que una de las funciones de la Universidad es hacer al mayor número posible de ciudadanos herederos del patrimonio artístico. Cosa muy distinta, es convertir esta función en un culto que se encierra en el pasado, incapaz de absorber los conocimientos modernos e incapaz de conmover con las ideas y los valores que se debaten en la sociedad en que se vive.

Los estudios científicos, tanto como los humanísticos de hoy se encuentran enfrentados a una crisis de valores cada día más profunda. Esa crisis fue producto de la separación entre las ciencias puras que sirvieron de entraña a la especialización tecnológica y un saber humanístico de raíz filosófica reducido cada vez más a una «egregias minorías» iniciáticas, a una nueva clerecía del conocimiento. Se vio en el pensador una suerte de árbitro insomne, presto a regular éticamente las tropelías de una ciencia al servicio del genocidio. Hombrs como Bertrand Ruseel, Albert Schweitzer o Jean Paul Sartre fueron vistos con recelo por los sumos sacerdotes de la atomización global. Sabios excepcionales como Einstein o Chomsky, cuando se aproximaron a la reflexión capaz de llamar a la razón y al freno de las hecatombes nucleares, fueron considerados excéntricos. Hoy, ante un mundo que aspira la integración global de las sociedades en armonía, con respecto a las diversidades multiculturales y multiétnicas, ninguna ciencia podrá aisladamente lograr esa convivencia armónica. El pedagogo hindú Karan Singh ha apuntado recientemente que la educación del siglo XXI dispone de los avances aportados por el desarrollo científico y los inventos tecnológicos. Y añade: «Lo que nos falta para utilizarlos de manera creadora es la sabiduría y la compasión. Avanza el saber pero la sabiduría languidece».

El mundo de la contemporaneidad llega a la cumbre de la tecnotrónica y las comunicaciones vertiginosas, gracias al ingente desarrollo de las ciencias del lenguaje. Y nadie se preguntaría hoy si es ciencia pura, experimenta o social. ¿Hay alguna ciencia que no sea finalmente social, por el impacto de sus beneficios o sus daños? Sin embargo, habría que preguntarse hasta qué grado logra irradiar socialmente el conocimiento regido por las *culturas del libro*. El politólogo Manuel García Pelayo dedicó una hermosa reflexión al tema. Define la cultural del Libro con referencia a los libros sagrados y a las culturas teocráticas de la antigüedad remota. La cultura del Libro deviene en un saber sagrado o, al menos, sacralizado, tan poderoso, que logra imponer una diferenciación histórica entre culturas ágrafas y culturas grafemizadas, aptas para producir y decodificar los libros. La idea de poder, superioridad iniciática de los hombres capaces de leer en el Libro, generó el carácter minoritario del saber académico. El docente devino en sumo sacerdote del saber encerrado en los libros, y los libros, convertidos en objetos sagrados, permanecieron fuera del alcance de las mayorías de los hombres habitantes de esas culturas «grafemizadas». La cultura del libro no sólo marcó el tránsito de la «oralidad literaria» original, a la literatura grafemizada, sino que provocó el nacimiento del «exégeta», es decir, el glosador del texto, el intérprete. Si en los comienzos fue sacerdote que explicaba la escritura sagrada en los templos, terminó explicando la literatura en las aulas. Se perdió así, por neutralización, la actitud crítica frente a la Escritura, un comportamiento que para Foucault era recusación o rechazo al poder impuesto por la Escritura sacralizada. Una actitud que puso en tela de juicio la veracidad de la Escritura y, en consecuencia, el poder polisenso de la lectura. Al perder su actitud cuestionadora como crítica, el conocimiento del texto ha terminado convirtiéndose en un lenguaje sinfásico, en argot para conocedores del secreto, alejado de la mayoría social. Argumentos análogos soportan las tesis de Angel Rama en *La ciudad letrada*. Y el hombre que sabe leer, porque tiene la destreza del lenguaje básico, rechaza por desco-

nocimiento las transcodificaciones culturales de los textos, ya no sólo literarios. Esta actitud ha generado en la universidad al *analfabeta ilustrado*, sabio incompleto que maneja su parcela del saber con esoterismo de alquimista, pero ignora todo cuanto hay más allá de su pequeña miopía epistemológica. Este individuo tiene su genotipo en la universidad compartimentada. No es privativo de la universidad venezolana. Es consecuencia de una manera de entender la universidad como recinto hermético, temeroso de contaminarse con los grandes torbellinos sociales en que transcurre la vida cotidiana de nuestros pueblos latinoamericanos, dentro de la «ciudad revolucionada», de Angel Rama.

El Rector y filósofo Rizieri Frondizi, al criticar severamente la universidad argentina, matriz que en 1918 concibió la reforma universitaria continental, escribía en 1956: «El universitario argentino es inculto porque sabe demasiadas cosas. El peso de los datos, las clasificaciones y los tratados lo agobian de tal modo que le impiden reaccionar por cuenta propia, con espontaneidad, frescura y sencillez. «Añadía el filósofo» Quien haya frecuentado las aulas universitarias no puede sorprenderse de la incultura que allí existe. A pesar de que el espíritu no puede alimentarse con sustancias muertas, los profesores sacrifican con frecuencia a los creadores de la cultura para presentarlos «didácticamente» a los estudiantes. Por suerte no faltan jóvenes capaces de resucitar cadáveres y profesores respetuosos del aliento creador. La cultura viva se cuele por las grietas; entra en la universidad furtivamente». En este sentido, universidades como la Simón Bolívar son una excepción, por la voluntad modernizadora que la ha regido, por la estructura académica, donde los estudios culturales pueden coexistir actualizados con los estudios científicos. Pero aún así, la estructura de recinto aísla a la universidad en general de la mayoría social, lo mismo que ocurre con las demás instituciones donde la cultura se ejercita para el disfrute de unas minorías. Es la contradicción entre lo que Martínez Estrada definía como

cultura de recinto, para contraponerla con la llamada por él *cultura de ágora*. Ese aislamiento ha ido erosionando en la universidad su función rectora de la vida social y política del país, un espacio que gradualmente ha sido ocupado por otros grupos, especialmente por los partidos políticos. Frondizi dice que «Si ella no la asume, la dirección de la vida superior del país cae en manos de los partidos políticos, la prensa o las fuerzas armadas». Podría argumentarse que también ellos proceden del mundo académico. Es cierto a medias, porque de manera general los militantes de partidos políticos muestran una formación intelectual que no es precisamente la más rigurosa. La carencia de una visión cultural de la vida política, como coexistencia social armónica, ha quedado demostrada mil veces en la conducta que egresados universitarios, desde el poder, han adoptado frente a la universidad: la asfixia económica y el ataque gratuito, pero no la propuesta de los cambios sustanciales que la modernicen. En esta actitud no ha habido diferencia entre los portadores de corrientes ideológicas muchas veces contrapuestas. En innumerables casos, quienes desde su condición estudiantil proclamaban revoluciones universitarias, desde el poder las reprimieron o, por lo menos impidieron que esa misma revolución, entendida como cambio profundo, no necesariamente violento, se implantara en la sociedad misma. A la inversa, los universitarios intelectualmente mejor capacitados asumen una postura de autosuficiencia que los inhibe de participar en la vida política. Critican desde fuera pero no asumen compromiso. Cuando acceden al poder se pliegan temerosos o, por lo menos, adoptan un comportamiento acrítico, si no oportunista. Son los protagonistas de lo que Briceño Iragorry llamaba con sobrada razón los artífices de las «democracias de asalto». En el rango opuesto, los aislamientos y las inhibiciones se manifiestan en el discurso como una crítica susurrante o connotada entre líneas. Frondizi anota que uno de los mayores riesgos para la propia existencia de la universidad, es ese aislamiento. «Con el tiempo el aislamiento se intensifica y la vida del mundo sigue un derrotero que nada tiene que ver

con lo que sucede en los claustros». ¿Será que la idea de acumulación capitalista también ha regido en la acumulación avara del conocimiento que no irradia?

Cuando pensamos en la sociedad venezolana como una cultura de *analfabetas ilustrados*, en la calificación de Briceño Iragorry, parecería que se trata de una exageración. Sin embargo, podría trazarse un arco en el tiempo, cuyos extremos fuesen 1830 y 1935. En la primera fecha, Venezuela adquiere fisonomía de nación y de república autónoma, al desmembrarse de la Gran Colombia. Su primera Constitución establecía que para ser *ciudadano* era necesario «tener una renta no inferior a 500 pesos anuales, una propiedad raíz y saber leer y escribir». Los dos primeros requisitos podían ser cumplidos por las minorías urbanas de la oligarquía, los pardos y los mulatos, pero no los esclavos. El requisito cultural los democratizaba como una gran masa de analfabetas, con excepciones contadísimas. En consecuencia lo de «saber leer y escribir» no pudo implantarse nunca como exigencia real. Fue una original manera de concebir la sociedad civil y sobre todo, la «ética de la ciudadanía». Para entonces la población venezolana fue calculada por Agustín Codazzi en algo más de 700.000 habitantes.

La obra universitaria de José María Vargas abrió una dimensión nueva del saber. De ella o a su alrededor surge la más brillante promoción de pensadores y tribunos, una minoría letrada, en cuyas manos crece la nueva República: Fermín Toro, Juan Vicente González, Santos Michelena, Tomás Lander, Felipe Larrazábal, Manuel Felipe de Tovar, Juan Manuel Cajigal, entre otros. Ellos se entregaron al compromiso de construir nación, de impulsar el nacimiento de una conciencia colectiva. El Decreto de «Instrucción Pública, Gratuita y Obligatoria», promulgado el 27 de junio de 1870, por iniciativa de Antonio Guzmán Blanco mejoró muy relativamente las condiciones de restricción educativa a una minoría urbana. Es la llamada por Angel Rama «La ciudad letrada», en su etapa de

ingreso a la modernidad. El país era poblado ahora por 1.800.000 habitantes. Los positivistas hacen esfuerzos ingentes por lograr una ampliación del conocimiento científico y cultural. La mejor muestra es el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* (1895). Aún así, en el otro extremo del arco, a un siglo de república autónoma, Venezuela mantenía un aproximado 80% de población analfabeta. A la muerte de Gómez, para una población total de 3.467.839 habitantes, sólo asistían 1532 estudiantes a las dos universidades existentes. Caracas tenía apenas 283.418 pobladores. En los albores de un nuevo siglo, los índices de analfabetismo han descendido indiscutiblemente en lo estadístico y en el nivel del conocimiento primario, pero no en los niveles de acceso a la comprensión de los valores culturales. Nuestra cultura sigue siendo iniciática, sacralizada, de recinto, dentro y fuera de la Universidad. Y los estudios culturales, si bien han rebasado el campo limitado a la cultura del libro, como crítica literaria, no han trascendido el muro del aula. No es un fenómeno venezolano solamente. Ni tampoco se trata de una muerte de los métodos barridos por unas epistemologías de la deconstrucción, el poscolonialismo y el posoccidentalismo. Es un problema de diseño en la metodología de la diseminación del saber, ya no importa que sea encarcelado en las viejas celdas del maniqueísmo donde yacían incomunicados en mazmorras alejadas el conocimiento científico y el humanístico. Es resultado del miedo a la sociedad que la rodea. Darcy Ribeiro, en su libro fundamental de reflexión acerca de la universidad latinoamericana, señalaba:

El temor a la 'masificación', común en la mentalidad académica, enajenada e ingenua, de la Universidad tradicional latinoamericana, disfraza el temor a cualquier cambio que afecte los privilegios y que plantee la universidad necesaria al progreso de América Latina. Así se implican intereses académicos con actitudes políticas reaccionarias para mantener una universidad elitista asustada frente a la

masificación. En estas condiciones, la reputación de un profesor no depende de la fecundidad científica ni de su eficiencia docente, sino sólo del mantenimiento de reductos cerrados, a salvo de críticas externas, de la ampliación de las matrículas o del cogobierno estudiantil.

Entre la masificación y el aislamiento la Universidad latinoamericana llega al final de un milenio donde quedaron cimentados los retos mayores hacia la democratización del conocimiento por la vía de las nuevas tecnologías de la información electrónica. El reto del nuevo milenio es el paso a la excelencia en la producción y difusión de conocimiento. Del aula cerrada concebida como recinto o altar de sabidurías ocultas se pasa rápidamente a la teleconferencia. De los libros guardados celosamente en anaqueles, para uso exclusivo de los miembros del club académico (profesores y alumnos) se pasa a la teleconsulta en las páginas web de los grandes reservorios documentales y bibliográficos. El nuevo catedrático ya no podrá impedir que le hagan sombra las arrolladoras maneras de la divulgación cultural dentro de la cual se incluye toda ciencia. Está emplazado a un tránsito inexorable en su tarea. Debe pasar de su condición de transmisor o intermediario de conocimiento ajeno a productor de nuevos conocimientos generados en su propio contexto. En lo colectivo la universidad, si quiere sobrevivir como tal, está forzada a irradiar. Para ello tendría que pasar de su condición de almacenadora o guardiana de conocimientos, o de consumidora de tecnologías exógenas, a generadora de un saber actualizado en continua obsolescencia. Roberto Carneiro, plantea una reflexión sobre los retos educativos del nuevo milenio, en la cual buscamos apoyo a nuestra afirmación: «A la masificación y el individualismo que han caracterizado a la primera generación de las tecnologías de la información y la comunicación, llevando al paroxismo el modelo económico vencedor, sucede ahora una segunda generación tecnológica en la que se empieza a volver a la idea de interacciones

en red y al valor de las relaciones de vecindad (virtuales). La sociedad cognoscitiva, fundada en una ética de intercambio de conocimientos y en fenómenos cognoscitivos generados por relaciones interpersonales sin fronteras, gracias a la globalización del planeta, debería favorecer el surgimiento de valores postmaterialistas».

En el campo de la cultura, el énfasis de los estudios venía enfocado hacia el productor de expresiones simbólicas, a la conservación e interpretación de los mensajes encerrados en el producto simbolizador y, cuando mucho, en un tímido acercamiento a la recepción crítica del mensaje. No se educó la gran masa social como receptora potencial e idónea de los productos culturales engendrados por una minoría para su autoconsumo. Esa retroalimentación de circuito cerrado fue provocando el debilitamiento de la producción de nuevos signos y el decrecimiento del consumo cultural. Los grandes centros de dominación descubrieron que era más fácil y menos escandaloso invadir cerebros de pueblos enteros, vía satélite, con programas neutralizadores o estupidizantes, que ocupar geográficamente sus territorios. Esa es la encrucijada y el desafío de hoy. Tal vez una salida podría ser la enunciada por un nuevo Proteo, capaz de inducir el cambio de la universidad amurallada a la universidad virtual que difunda verdaderamente de manera irrestricta los conocimientos capaces de educar al hombre como receptor y productor idóneo de su nueva cultura de la armonía. De esta manera la voz del Otro no sólo podrá expresarse libremente sin nuestra mediación, sino que podremos oír en ella su reclamo justo de acceder al conocimiento como un patrimonio universal del hombre y no como una medicina que se dosifica desde un misterioso laboratorio de alquimia llamado universidad.

Caracas, 10 de marzo de 2000